



DEL ALBUM DE UN PADRE

(A VÍCTOR BERSEZIO)

*
* *



A criatura esta que ocupa tanta parte de mi existencia y sin la cual me parece que no podría vivir, como si estuviera ligada á mí por invisible arteria, hace tres años no existía ni siquiera en mi mente.

¡Es extraño! Me parece que pensando seriamente en mi pasado, debía encontrarme alguna huella, algun presagio. ¿Qué aparicion es esta? ¿De dónde viene? ¿Quién es? ¿Qué ha venido á hacer en el mundo? ¿Cuál es tu razon de ser, extranjero? ¿Qué buscas, desconocido? ¿Por qué á mi llamamiento has respondido tú, con los ojos azules y no otro, con os ojos negros? ¡Responde, personaje misterioso!

*
* *

La edad más bella de los niños, para quien tiene ojos de artista, además de ojos de padre, es aquella en la cual pasan aún derechos por bajo la mesa y se les puede llevar con una mano sola, pasearlos á caballo sobre el cuello, ocultarlos con un periódico, prenderlos entre dos diccionarios; edad en la que todo su vestuario, desde la gorra hasta los zapatos se coloca cómodamente dentro de un sombrero viejo del padre.

En esa edad, la madre se impacienta al meterle las medias á su niño: pero cuando una vez, de diez, ve empujar al hijo sus piecitos y meterlos dentro del calcetín, la madre lo abraza por propio esfuerzo, con ímpetu y exclama gritando:

— ¡Eres ya un hombre!

*
* *

Tienen una carita que parece una manzana con ojos; un cuello delgado que casi se puede ceñir con el

pulgar y el índice; dos manecitas que hay necesidad de mirarlas mucho para persuadirse de que constan ya de sus cinco dedos correspondientes, y un piecito que verdaderamente no se puede tomar en serio. Su cabecita, en el momento en que se la huele, lanza olor de gorrion, de gato, de conejo, de nido de golondrinas, de ladrillo, de madera, de barniz, de aceite, de pavesas, de todo aquello que hay en casa y á su alcance, y el aliento acusa un ligero olor á leche, mezclado con la fragancia de no sé qué flores: aliento que al aspirarlo parece que debe sentar bien á la sangre como el aire del campo.

*
* *

¡Sin embargo, hay quien no ama á estas criaturas! Yo veo con el pensamiento un niño sonrosado y sonriente, que desde los brazos de su madre tiende las manos en actitud cariñosa hácia un señor largo, seco y severo, el cual, por detrás de aquella, con movimiento casi de repugnancia, y sonriendo forzosamente le agita al pequeñuelo delante de sus ojos un dedo nudoso, que no quiere ser tocado.

¡Oh! hombre largo, seco y severo, serás sin duda gran ministro, ó literato famoso ó fundador de obras pías, pero... yo te detesto.

*
* *

Es preciso ver la actitud de los niños en la cuna, por la mañana, antes de despertar.

¿Quién puede contener los besos y la risa?

Adoptan actitudes de soldados muertos en el campo de batalla, movimientos de dolor desesperado, contorsiones de acróbatas, abandono desvanecedor de lánguidos enamorados.

Ora están todos hecho un ovillo sobre la almohada, ora escondidos debajo, ora revueltos de manera que al buscar la carita encontráis la punta del pié, y queriendo agarrar un pié, le meteis el dedo en la boca. ¡Y entonces es hermoso cojer todo este envoltorio informe, de una vez, como un fardo, niño, sábana, manta, colcha y correr por la casa con la presa caliente entre los brazos!

*
* *

Quién ve sin reir un niño de tres años, cuando apenas despierto, vestido y puesto en el suelo, per-

manece un momento inmóvil, frotándose los ojos y despues va hácia adelante, á paso lento, medio dormido, de mal humor, lloriqueando, y mirando á la gente de reajo;—ó cuando presa del frio, tiene la naricilla lívida y anda á pasitos de muñeca, haciendo muecas y mil halagos y gracias minúsculas, como para decir:—"Soy pequeño, no soy nada, caliéntame ó desaparezco;"—ó cuando sumerge media cabeza en un tazon de café con leche sosteniéndolo con las dos manecitas y tragando ávidamente, mientras hace la guardia con el rabo del ojo á un bizcocho sobre el cual sospecha teneis alguna intencion hostil;...— ¡quien vé estas cosas sin reir, no tiene un sentimiento cómico delicado!

*
* *

A esa edad, nada más bello que verlo correr.

La carrera del niño tiene algo parecido á los saltos de la pelota de goma, del bamboleo del borracho y de los movimientos de la hoja arrastrada por el viento. La criaturita se escapa de la sillita, se lanza fuera de la habitacion, tropieza con el gato, derriba una silla, enfila un corredor, y patalea revolviendo todo con las manos, de cuarto en cuarto, seguido de la madre,

hasta el rincón más lejano de la casa, donde se refugia detrás de un saco de viaje, y allí intenta la última resistencia, para arrancar una concesión al enemigo...

¡Ah, todo en vano!

¡Es preciso dejarse lavar la cara!

* * *

¿Quién puede decir lo que es la voz de los niños? Es el gorjeo del ruiseñor, el murmullo de la gondrina, el pío del pollo, el maullido del gato; notas de flauta, susurros y gorgoritos infinitamente suaves, gritos y ruidos que desgarran los oídos, trinos de soprano, estruendo de voces varoniles, desentonos de tenor engolado, falsete de máscaras, *fiorituras* y pasajes extraños; todos los sonidos que salen de una jaula de cien pájaros y de una orquesta de cien instrumentos.

Aproximad el rostro á su boca y hacedle murmurar algunas palabras en vuestra oreja: algunas veces sale de allí un sonido que os turba; creéis haber puesto el oído en el ojo de la cerradura de puerta misteriosa y escuchado una voz sobrehumana.

* * *

Se ríe: no lo he visto jamás reír de tan buena fé.

Es una risa inmoderada, desgarradora, desquiciada. Tengo al fin miedo de que le falte la respiración. Se tira á un lado y á otro, echa la cabeza atrás, se le llenan los ojos de lágrimas, se le pone la cara amoratada...

—Ya basta; vamos, te puede hacer daño, deja de reír.

Es una risa inextinguible, una convulsión: risa capaz de romper las entrañas.

—¡Pero acaba de una vez! ¿Por qué ríes? ¿Qué ha sucedido?...

—¡Ah! ¡no me había acordado que me ha puesto una montera de papel en la cabeza!

* * *

Vestidos parecen alguna cosa: desnudos no son nada.

Se toca aquel cuerpecito, se siente aquellos huesos sutiles, que parece que se deben destrozar al ponerles encima la mano, y se tiembla pensando á qué hilo tan ténue está ligada aquella vida querida. ¡Cuánto tiempo y cuántos dolores para él y para el que lo ama, antes que este bracito pueda castigar la ofensa de un hombre!

*
* *

Miradlo ahí desnudo á este montoncito de carnes blancas y apenas con forma humana. ¡Cómo! ¿Ha de llegar un día en que tú tendrás barba y sombrero de copa y leviton, y comprenderás á Tito Livio, y sabrás resolver una ecuacion de segundo grado y de tres incógnitas?

¡Eh, vamos, fanfarron, eso no puede ser!

*
* *

Deberé forzosamente curarme de esta debilidad. Estoy sentado en el despacho, escribo, tengo llena la

cabeza de graves pensamientos, la más mínima distraccion me inquieta, me obliga á concluir; y no obstante, es preciso que deje la pluma, que me levante, que atraviése la habitacion, removiendo las sillas, tropezando con los juguetes é incomodando cuatro ó cinco personas, para ir á estrechar entre el índice y el pulgar, por un solo momento, la pantorrilla de aquella pierna que veo desde mi sitio blanquear en un ángulo oscuro, detrás del respaldo de un sillón.

Satisfecho este capricho, vuelvo á la mesa con el corazón tranquilo y el espíritu dispuesto al trabajo.

De otro modo, no habría acertado á concluir la página.

*
* *

¡Qué gran deleite aquel de matrar á un niño y cubrirlo de vituperios! Eres un muñeco, eres pesado, eres rechoncho, eres feo: comes como un bucy y duermes como un topo; eres un ignoranton y un infame que me robas la paz y me haces condenar el alma: el mejor (ó mejor dicho el peor) día te doy una paliza, que... no te quiero, te echo fuera de la casa, tendrás mal fin, eres un presidiario en estado de canuto, malvado, pérfido, eres... ¡mi vida! ¡Te adoro!

*
*
*

También el cariño hácia los niños tiene su furia. Un verdadero padre siente en ocasiones algo de antropófago y querría habitar en casa aislada, para poder saciar su hambre sin que acudieran los vecinos á los gritos de la víctima. ¿No chilles, has entendido?

—Mi deber es amarte y el tuyo dejarte besar en la cabeza,—en los ojos,—en la boca,—en el pecho,—en el cuello,—mientras me quede aliento. ¡Grita, grita! ¿Qué me importa? Con tal que yo me sacie...

—¡Ahl! ¡Si no tuviera miedo de ahogarte! ¡Bah! está escrito: un día ú otro te mato!

*
*
*

Esta mañana paseaba por la habitación con él extendido sobre los brazos, como en una cuna. Tenía los ojos cerrados y dejaba colgar la cabeza y las piernas.

La criada exclamó:—Parece muerto.—Estas palabras me helaron la sangre en las venas. Me puse á pensar qué sería de mí si se muriese. Me volvería loco. Y permanecí largo rato sumido en estos pensamientos.

Tomaría en brazos el niño muerto,—pensaba—saldría de casa, atravesaría la ciudad, saldría al campo, y de prisa, de sendero en sendero, de pueblo en pueblo, de día, de noche, al aire, á la lluvia, mudo, infatigable, estrechando con las manos rígidas aquel cuerpecito frío, hasta llegar en medio de una llanura inmensa y siniestra, donde lanzaría al viento en seguida tal sollozo, que se rompería mi existencia en pedazos, estallando de dolor.

*
*
*

Ha roto un vaso, ha derribado una luz, desgarró la tapicería, echa abajo el biombo, hace sonar las campanillas, echa al aire los muñecos... cubre las voces de todos...

¡Qué infierno de casa!

¡Qué paz en mi corazón!

*
*
*

Cuando estoy triste, veo en cada uno de sus juegos la imágen de una desgracia que le podrá acaecer, y me pierdo en mil presentimientos dolorosos. Rompe las piernas al muñeco, y yo pienso: ¿se romperá una pierna en una caída? Juega con las cartas: yo me pregunto: ¿llegará á ser un jugador? Cuando toca el tambor me figuro que puede morir en la guerra: cuando derriba un altarito, temo que se vuelva excéptico; cuando lo veo retirado en un ángulo entre dos sillas, me parece que un día ha de ser metido en presidio.

¡Él! ¡Son sueños!

Mientras yo viva no le ocurrirá ninguna desgracia.

Lo seguiré como la sombra al cuerpo. Seré su amigo, su confesor, su centinela...

Pero, ¿y después? ¡Ah! La idea de dejarlo solo en el mundo me espanta, tengo miedo á la muerte, me he vuelto pusilánime y cobarde.

Quisiera vivir un siglo, quedarme decrepito, ciego, paralítico, clavado perpétuamente en una silla, con tal que en el día de duda ó de peligro, pudiese agarrarlo por la mano, tocarle la cabeza, y suplicarle, si no podía ya con la voz, al ménos con el gesto y con las lágrimas, que jamás abandonara la senda del honor.

*
*
*

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO MARTÍNEZ"
Apdo. 1625 MONTREY, MEXICO

Hay una cosa que me hace estremecer.

Algunas veces, mirándolo, me figuro, los muchos millares de niños, de su edad, nacidos en el mismo país, y que en este instante son como él inocentes, amorosos y cariñosos; me los figuro en sus cunas, entre los brazos de su madre, cubiertos de besos y llamados con los mas dulces nombres de la lengua humana; veo en el corazon de sus padres la misma esperanza, el mismo presentimiento de que ellos serán honrados y felices, mejor dicho, la misma seguridad mía, y tan fundada como la mía, y no de otro modo alimentada de como yo alimento la mía al mirar mi hijo: y pienso, que sin embargo, de toda esta legion de angelitos, saldrán ladrones, falsarios, asesinos, parricidas, que arrojarán la desesperacion y la deshonra sobre sus familias. Cuando este pensamiento se me fija en la cabeza tengo que hacer gran esfuerzo para librarme de él.

Esta mañana, tomé á mi niño sobre las rodillas y le pregunté:

—Niño ¿serás tú un asesino?

(El no comprende aún el significado de esta palabra).

—Sí,—respondió—pero quiero dulces.

*
* *

¡Si pudiese adivinar su porvenir como hacen las gitanas, en la palma de la mano!

¿Qué manejará esta manecita?

¿La espada?

¿El puñal?

¿La pluma?

¿El arco del violín?

¿El cuchillo del anatómico?

¡Pobre manita, cuantas veces sostendrás la cabeza fatigada por el ingrato trabajo ó por el pensamiento doloroso!

¡De cuántas cartas listadas de negro romperás el sello!

¡Cuántas diestras de falsos amigos y de mujeres indignas te ocurrirá estrechar!

Pero tú la conservarás limpia de toda mancha, hijo mío, y si cuando te hiera un gran dolor inmerecido, te asaltan impulsos de levantarla en alto, no la levantes, no, para maldecir, sino para juntarla con la otra,

como todas las noches y todas las mañanas, te enseña tu santa madre!

*
* *

Miro su manecita, la estrecho toda en mi puño, y sonrío pensando que pasaron también por esta forma las manos de los guerreros más formidables y de los artifices más poderosos del mundo.

Y de esta idea, paso á mis pensamientos predilectos, de la infancia de los grandes hombres.

Me figuro á Homero, que se desespera porque le han quitado un albrichigo; á César que tiembla delante de un raton; á Dante, que salta en la silla de un caballo de madera; á Miguel Angel, que mientras su padre le enseña una estatua, está todo dedicado á machacar un hueso con el pié; y á la señora Bonaparte, que dice al futuro vencedor de Europa:

—¡Qué vergüenza! A tu edad, cuando se tiene una necesidad se dice y no se ensucia de este modo la casa..!

*
* * *

¡Si llegase á ser un gran hombre! Es un sueño de todos los padres; pero no es imposible.

Enigma, enigma al fin: geroglífico cuyo significado es aún desconocido; palabra de la cual no está escrita más que la primera letra; número de la inmensa lotería humana. Esta duda es el más dulce alimento de mi vida.

Me parece que poseo misterioso cofrecillo, en el cual [es posible que haya un puñado de arena ó un monton de perlas. Estoy cerca de los treinta años y mi porvenir que empezaba á limitarse se ha prolongado de improviso; he perdido las últimas ilusiones de la juventud, he encontrado las infinitas esperanzas de la infancia. ¿Qué importa que mis cabellos se caigan? ¡Los suyos se espesan! ¿Qué importa que yo descienda? ¡Él sube!

*
* * *

¿Y si fuese, por el contrario, de escaasa inteligencia y de fibra débil, no sólo para no salir de la os-

curidad, sino para permanecer entre los últimos, en medio de los oscuros?

Cuando me asalta este pensamiento, siento irresistible necesidad de estrecharlo contra el pecho y de cubrirlo de caricias, como para pedirle perdon de la vasta ambicion que me lo hace soñar distinto de aquello á que puede ser él predestinado.

Tengo necesidad de asegurarle hasta ahora, que cuanto más pequeño sea el puesto que le está reservado en el mundo, tanto más grande será el que tendrá en mi corazon. Pensando que algun dia, tal vez, volviendo de la escuela, me dirá llorando:—Soy el último: siento un estremecimiento de amor por él...

Pero, esto no será, porque le ayudaré en sus estudios, me volveré á dedicar al latin, al griego, á las matemáticas, velaré con él, y volcaré tanto afecto en su corazon que el corazon iluminará la inteligencia.

Cuando aquí debajo hay un tesoro, tambien aquí encima hay alguna cosa.

*
* * *

Los niños proporcionan grandes consuelos. ¡Quién lo sabe mejor que tú, pobre criada vieja!

Tú eres amada en casa, pero tu cabeza calva, tu

rostro arrugado, toda tu persona, desfigurada por los años, te hacen fastidiosa á los individuos que te son más queridos, y constituyen la causa de que ellos no te prodiguen las caricias que tú les prodigabas á ellos cuando eran niños.

Alberto, jovencito, se retira bruscamente hácia atrás cuando tú acercas el rostro al suyo para mirar las estampas del libro que hojea.

Enrique, desde hace mucho tiempo, no quiere que tú le hagas el lazo de la corbata, por no sentir tu aliento y el contacto de tus manos.

Cuando quieres besar á Adelaida, la muchacha que has llevado en brazos durante tantos años y divertido con tantas historias en las largas noches del invierno, estás reducida, porque no te rechace, á besarla furtivamente cuando duerme.

Hay una sola criatura en el mundo que no rehusa tus caricias, que ama tu cabeza calva y tu rostro arrugado, que te recompensa de todas las ingratitudes y de todas las amarguras, y es este niño de tres años.

—¡Ernesta—te dice besándote en la boca—qué hermosa eres!

*
* *

Y siempre recaigo en el pensamiento de la belleza.

No creo que el padre, fuera del afecto que todos comprenden, debiese alimentar por su hijo un sentimiento tan igual al del escultor por su estatua.

Yo, no obstante, observo con temblor el rostro de quien lo mira, interpreto las sonrisas y comento los cumplimientos como el artista poco seguro de su obra. Toda su belleza me parece un mérito de mis manos, todas sus imperfecciones el efecto de un error mio. Cada día se me presenta con nuevo aspecto.

Lo miro y lo vuelvo á mirar de frente, de perfil, por delante, por detrás, por encima, por debajo; corrijo con los ojos alguno de sus rasgos; permanezco perplejo; reflexiono: pero concluyo siempre frotándome las manos y diciendo que es un hermoso trabajo.

*
* *

¡Qué grandes niveladores del corazón humano son los niños!

Hay una pobre mujer con un niño en brazos sentada en el escalón de una puerta, que vé pasar una señora en coche con otro niño sobre las rodillas. El niño de la señora está vestido de terciopelo, el suyo cubierto de andrajos: aquél lleva un bulto de juguetes, el suyo no ha visto jamás ninguno; aquél come confites, el suyo roe un pedazo de pan negro. Sin embargo, de las miradas que las dos mujeres cambiaron sobre sus propios hijos, las que expresaban un sentimiento de envidia, eran las de la señora. La pobre mujer lo advirtió, y exclamó con estremecimiento de orgullo:

—¡El mío es más hermoso!

*
* *

Yo no sé si todos los padres, verán en sus hijos lo que yo veo en el mío: sé que mientras lo contemplo, admiro la infinita amabilidad de la infancia, que me parece una compensación dada por Dios á la ansiedad y á los cuidados que nos cuestan.

Tiene movimientos de cabeza, expresiones de estupor, relámpagos de sonrisas, gestos fugitivos, caricias, coqueterías, monadas inexplicables que me arrancan un grito de amor siempre.

—¡No me provoques!—le digo algunas veces. Y en esta gracia encantadora de gestos y de actitudes, una variedad inmensa, una transfiguración continua, una sorpresa á cada momento.

Me parece que encerrado con él en castillo solitario, sin libros, sin trabajo, sin otro cuidado que el de custodiarlo, no tendría ni una hora de fastidio.

*
* *

Empieza á hablar, juntando dos proposiciones.

Es gran placer para mí, seguir atentamente la exteriorización laboriosa de su pensamiento, ver con qué dificultosos artificios expresa la idea más sencilla, con qué cómicas contracciones del rostro pronuncia cada palabra nueva, cómo saca, desfigura y exprime su pequeño caudal de veinticinco palabras; cuántas regularizaciones monstruosas de las irregularidades gramaticales, qué despropósitos enormes é increíbles echa fuera con la más ingénua seguridad, y á veces, ¡pobre del que se le ría en la cara!... Y es de notar, cómo en este su lenguaje descompuesto y desproporcionado, un día endereza una palabra, otro día combina una concordancia, y poco á poco el vocablo se pone en orden, y las consonantes difíciles salen claras y sonoras, hasta que el instrumento, completo y afinado, puede tomar parte en el concierto de la conversación doméstica, no produciendo más que algunos desentonos, en todo caso.

*
* *

Es extraño lo que pienso hoy por la primera vez: ¡esta carita, esta vocécita, esta gracia angelical, que alegra ahora mi vida, dentro de algunos años no existirá ya!

Cada día que pasa me roba alguna cosa de este niño sonrosado. Dentro de algunos años, tendrá otra cara, hablará con otra voz, gesticulará de otra manera, y de la criatura de hoy no me quedará sino algún retrato, y algunas reminiscencias. Este cuerpecito no es más que una figura que pasa delante de mí, y que debe desvanecerse.

Será irracional: ¡pero es un pensamiento que me entristece!

*
* *

No comprendo, ahora, como he podido vivir tanto tiempo, y ser casi feliz, en una casa tranquila—don-

de no había jamás una silla fuera de su sitio;—donde no se rompía nunca una botella;—donde no se tropezaba con un juguete;—donde no se hicieron en la vida pajaritas de papel;—donde no se veía á ninguno bajo una mesa;—donde no había sino camas enormes;—donde no se oían nunca más que pasos lentos y graves;—donde no se escuchaban otra cosa que voces tranquilas, diciendo siempre cosas razonables sin faltas gramaticales...

*
* *

Con frecuencia, al verlo tan bien vestido y alimentado, con un monton de bagatelas delante, digo para mí:

—¿Y si un revés de la fortuna me redujese á no tratarlo de este modo? Toda mi sangre se revuelve violentamente á esta idea, y al mismo tiempo se levanta mi frente y mi alma se agiganta. ¡Ah, no será jamás, niño mio! ¡Aunque tuviese que comprar cada uno de tus juguetes con una noche de trabajo, descontar cada vestidito nuevo con una arruga de mi frente, pagar cada dia de felicidad con un mechon de cabellos blancos, conservar el color rosado de tu rostro con la tortura de mi cerebro y de mis huesos!...

¡Qué me importaría que la gente riese de mi cara descarnada y de mi vestido usado? Yo te llevaría á pasear conmigo á cualquier parte solitaria del campo y me pondría á ver la puesta del sol, oprimiendo tu cabeza sobre mi corazon.

¡Ah, no temas! Entre tí y la pobreza están mis treinta años, mi voluntad indómita y la fuerza desmesurada del cariño que me devora.

*
* *

Hoy le he hecho tomar un baño en una palangana rota, y al verlo desnudo y bello, goteando agua y riendo, pensaba:

Sin embargo, si á esta pobre criaturita la consume la fiebre, la viruela lo pica, la tos convulsiva lo ahoga, el crup lo destroza... ¿será preciso verlo quedarse negro, agitarse, volver los ojos llenos de lágrimas, pedir socorro moviendo las manecitas y permanecer rígido; será preciso verlo encerrar en pequeño ataúd, llevarlo deprisa, envuelto en un paño negro, descender á la fosa y cubrirlo de tierra y de piedras: y despues volver á casa pensando que él está allí, bajo la nieve, en medio de un campo lleno de esqueletos;... y al tornar á casa, ver sus juguetes, sus

vestidos, su cuna vacía, su sillita vacía, la habitación vacía, todo el universo vacío; y oír resonar en aquel horrible silencio las risas de los niños de los vecinos!...

¡Ah! cuando sucede esto, me parece que no se puede hacer más que dos cosas: ó destrozarse el cráneo contra la pared, ó caer de rodillas y permanecer perpétuamente con la frente clavada en la cuna.

*
* *

Desde que mi vida está ligada á esta criatura, el pensamiento de la muerte no me aterra ó no me entristece ya, sino en cuanto se refiere á su porvenir.

Pero si por su vida debiese sacrificar la mía, si debiese, con la seguridad de salvarlo, hacer escudo con mi cuerpo y defenderlo sin defenderme, inmóvil, con él en los brazos y diez asesinos por la espalda, ¡oh! me estremezco con no sé qué voluptuosidad feroz y soberbia en este pensamiento; creo, siento, juro que me dejaría acribillar á puñaladas, cubriéndole la cabeza de besos, sin abrir la boca para gritar—¡Piedad!—y sin derramar una lágrima por mi suerte.

*
* *

Esta mañana, entre otras cosas raras de las suyas, he descubierto, que él cree que los hombres están hechos de madera; y á pesar de cuanto le había dicho.....

(Interrumpido por la caída de una pelota de goma que ha derribado el tintero).

